
Elías José Palti, *El tiempo de la política: el siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007. 327 p.

Andrés David Muñoz C.¹

Ninguna promesa de comprensión superior sería suficiente para disuadir a un historiador de sus intentos de captar algo vivo.

Germán Colmenares.

Señalar de pasada los plausibles aportes de un intento de historia intelectual de la cultura política, como la emprendida por el historiador argentino Elías José Palti, constituiría un inmenso logro para el autor de la presente reseña, quien valga decirlo, poco se encuentra familiarizado con los desarrollos teóricos y conceptuales de académicos como J. G. A. Pocock, Quentin Skinner o Reinhart Koselleck, y tan sólo ha tenido tímidos acercamientos a la obra insignia del historiador francés François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias*.²

Ahora bien, si algo queda meridianamente claro tras la lectura (atenta, como no podría ser de otro modo) de *El tiempo de la política*, es que Palti, además de su declarada pretensión -muy desmedida- de escapar a una más que obvia adscripción

¹ Historiador de la Universidad del Valle. Doctorando en Humanidades (Historia) de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México, D.F. E-mail: andamuco@gmail.com

² François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias: ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: MAPFRE – Fondo de Cultura Económica, 1992. 406 p.



al “revisionismo histórico”, propende por la elaboración de “un trabajo de historia intelectual” capaz de disolver, de hacer añicos todo rezago de historicismo y por ende de teleologismo, en las interpretaciones que usualmente se han formulado en torno a la historia política de una Hispanoamérica, que en el siglo XIX atribuyó una importancia inmensa al lenguaje, dado que a partir de él se buscaba fundar un ideario del incipiente Estado nacional. Partiendo del estudio acucioso de los “lenguajes políticos” de las élites letradas del período en cuestión, Palti muestra los usos instrumentales conferidos a los discursos en boga tanto en la época del constitucionalismo gaditano, como en la segunda mitad del siglo XIX y evidencia la invención de dicotomías artificiales y falsas en la historiografía resultante, las cuales atribuye en su mayor parte a los practicantes de la hoy vetusta y desacreditada –en su opinión– “historia de ideas”.

El problema radica en que las “ideas” no alcanzan a registrar los cambios producidos, puesto que éstos no remiten a los contenidos proposicionales de los discursos, ni resultan, por lo tanto, perceptibles en ellos. Así, si enfocamos nuestro análisis exclusivamente en la dimensión referencial de los discursos (las “ideas”), no hay modo de hallar las marcas lingüísticas de las transformaciones en su contexto de enunciación. Para descubrirlas es necesario traspasar el plano semántico de los discursos (el nivel de sus contenidos ideológicos explícitos), e intentar comprender cómo, más allá de la persistencia de las ideas, se reconfiguraron los *lenguajes políticos* subyacentes.³

Palti aduce, tal vez de manera hiperbólica, que lo que ha sido conocido hasta el sol de hoy como “historia de ideas”, no es otra cosa que la prolongación del historicismo y sus viciosas teleologías, la reproducción de falsas dicotomías conceptuales y la perpetuación del paradigma que ha visto con demasiada frecuencia a los intelectuales latinoamericanos como consumidores y reproductores pasivos de las modas ideológicas importadas de Europa. La nueva y revolucionaria historia político-intelectual, o de los discursos o lenguajes políticos, pretende remarcar que las ideas son necesariamente, producto de contextos de enunciación determinados; busca destruir los teleologismos de toda laya y superar los anacronismos inherentes a las dicotomías conceptuales abstractas y artificiales.

En el método expositivo de Palti, es notable la predilección por una terminología conformada por triadas y articulada en cuatro capítulos, que corresponden a idéntico número de campos semánticos, los cuales en se hallaban en plena construcción en el siglo XIX: *historicismo/organicismo/poder constituyente*;

³ Elías José Palti, *El tiempo de la política: el siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007, pp. 43-44.

pueblo/nación /soberanía; opinión pública/ razón /voluntad general y representación/ sociedad civil/democracia, complementados por una muy sintética conclusión y un muy extenso apéndice. Todo el texto se halla así mismo atravesado por el constante dialogo del autor con la ya mencionada obra de F. X. Guerra, y de las críticas que de allí resultan emerge el punto fuerte del libro de Palti, el cual consiste en su alucinante nivel de teorización, en ocasiones abstruso.

Quizá lo auténticamente novedoso del trabajo de Elías Palti resida en el tratamiento analítico que plantea a nivel de los enunciados y discursos políticos para un tema que para la Historiografía es casi tan antiguo como los acontecimientos mismos que allí se describen. Puede ser que lo del argentino sea “aire viejo”, como afirmó su contradictor el mexicano José Antonio Aguilar,⁴ pero sólo en la medida que ha sido tema tradicional para historiadores de toda laya, pues para un historiador que se repute como crítico, la invención del Estado-Nación, de un determinado sistema político (la democracia representativa), así como de los lenguajes que habrían de servir de base para un proyecto político de tal magnitud, debe ser un asunto de suma importancia en las actuales circunstancias, no sólo de caos institucional, sino también de pérdida progresiva de los significados de términos tan cotidianos como *nación, democracia o soberanía*.

El autor incurre posiblemente en un exagerado optimismo en lo que atañe a los alcances teóricos y metodológicos de su propuesta, pues además de resaltar el aporte de Guerra, anuncia la superación de la obra de éste y la consecuente apertura de nuevas perspectivas teóricas:

La historia político-intelectual comenzará entonces a apartarse de los añejos y fuertemente arraigados moldes teóricos cimentados en esa tradición [de las ideas], para enfocarse en el análisis de cómo se conformaron y transformaron históricamente los “lenguajes políticos”. Como veremos, esto supondrá una verdadera revolución teórica en la disciplina que habrá de reconfigurar completamente su objeto y sus modos de aproximación a él, abriendo el terreno a la definición de un nuevo campo de problemáticas, muy distintas ya de las que dominaron hasta ahora en ella. En *Modernidad e independencias* (1992), Guerra señala, en este sentido, el hito fundamental en la historiografía latinoamericana

⁴ José Aguilar Rivera, “El tiempo de la teoría: la fuga hacia los lenguajes políticos, debate con José Elías Palti”, en *A Contra Corriente: una revista de historia social y de literatura de América Latina*, 6-1, (2008), pp.179-187.

reciente, el cual servirá aquí como punto de partida para debatir respecto de estas nuevas perspectivas.⁵

Veamos entonces cuales son los puntos de divergencia y convergencia que resultan del dialogo intelectual que entabla Palti con la obra de François-Xavier Guerra. En primer lugar, la Historiografía correspondiente al periodo de la crisis monárquica hispánica, o de las revoluciones hispánicas, como reza el subtítulo de *Modernidad e independencias*, se vio ostensiblemente enriquecida, según Palti, por los aportes de Guerra, los cuales implicaron “una renovación radical” en lo que hasta ese momento se venía trabajando bajo el rotulo de “historia de las ideas”. Pero Guerra, no obstante la introducción de herramientas conceptuales como la de *mutación cultural*, pese a la importancia y relieve que asigna al contexto de enunciación como un “aspecto inherente a los discursos”, y a los lugares donde consiguieron articularse las transformaciones conceptuales o desplazamientos semánticos detectados (las sociabilidades modernas, la prensa, la opinión), no acierta a superar el sempiterno dualismo modernidad/tradición.

Aunque ya la oposición entre tradicionalismo español y liberalismo criollo había quedado disuelta al demostrar Guerra el carácter eminentemente continental y unitario del proceso revolucionario desatado hacia 1808-1810,⁶ de acuerdo a Palti, el enfoque de éste queda marrado por la inevitable caída en esa especie de teleologismo ético e incluso historicista, que lo lleva a sobredeterminar la modernización política como un resultado inevitable de sus resortes evolutivos intrínsecos, determinados *a priori*.⁷

De otra parte, Guerra acierta al identificar al pactismo escolástico y al corporativismo municipalista, pilares del constitucionalismo histórico, como viejas prácticas (denominadas “tradicionales”), reiterando además que eran términos

⁵ Elías José Palti, *El tiempo de la política*, p. 22.

⁶ “Los dos fenómenos, la revolución liberal española y las independencias hispanoamericanas aparecen continuamente imbricadas en todas las fuentes. Como intentaremos mostrarlo en estas páginas, se trata de un proceso único que comienza con la irrupción de la Modernidad en una Monarquía del Antiguo Régimen, y va a desembocar en la desintegración de ese conjunto político en múltiples Estados soberanos, uno de los cuales será la España actual”. François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias*, p. 12.

⁷ “Nos centraremos sobre todo en este periodo clave, los años 1808-1810, en los que estos acontecimientos fueron particularmente numerosos y tanto más importantes cuanto que provocaron en 1810 una ruptura que, no estando aún consumada, era ya, a nuestro modo de ver, potencialmente irreversible”. François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias*, p. 18.

dinámicos, que al ser adaptados a un nuevo contexto enunciativo u horizonte discursivo, sirvieron a los criollos americanos para dislocar aquel orden jerárquico, estamental, sobre el que se sostenía el Antiguo Régimen, convirtiéndose aquello en una manera de desligarse paulatinamente de una monarquía por entonces acéfala. De allí el carácter instrumental de la invocación del principio de la soberanía radical del pueblo y del régimen representativo, feliz modo de conciliar las paradojas inmanentes al hecho fehaciente del ejercicio efectivo del poder por una aristocracia electiva, representantes que tendían a colocarse por encima de sus representados.

La pregunta por el cómo se constituía el orden político (el *poder constituyente*), y con éste la nación, fue el punto de divergencia que separó las posturas de americanos y peninsulares, pues el primer liberalismo español, nos recuerda Palti, ya presuponía la existencia del ente nacional. Elías Palti refuta a François-Xavier Guerra cuando éste asevera que la convocatoria de las Cortes buscaba “fundar una nación y proclamar su soberanía”, puesto que la preexistencia de la nación no era lo que se cuestionaba, sino su composición:

El nuevo pacto social refundaría el Estado, pero ello presuponía ya la Nación que pudiera hacer esto. La idea de la necesidad de *constituir a la nación* era aún inconcebible. Aun cuando, como vimos, no había acuerdo respecto de *cómo* estaba constituida, y si su estructura era inmutable o cambiante con el tiempo, algo que puede eventualmente reformarse, nadie dudaba de su existencia como tal.⁸

Según Guerra, la formación de auténticas naciones en América Latina se mostraba como algo poco menos que imposible, pues brillaban por su ausencia los elementos de cohesión cultural (lengua, folklore, tradiciones compartidas) que conformaban el imaginario nacionalista a la europea: la invención de la nación latinoamericana respondía a cometidos meramente prácticos, artificiales, es decir políticos. Palti corrige a Guerra: aquello no fue un déficit, sino la marca misma de la modernidad política en la joven y vieja Latinoamérica decimonónica; era lo que hacía pasar a aquel proceso histórico como *revolucionario*.

Palti subraya con bastante acierto, a nuestro modo de ver, que “la ausencia de una **identidad nacional** fácilmente perceptible nunca fue en sí misma un obstáculo para la creación del tipo de ficciones de identidad como las nacionales”.⁹ En consecuencia, acusa a Guerra y a la escuela revisionista de la historia político-

8 Elías José Palti, *El tiempo de la política*, p. 98.

9 Elías José Palti, *El tiempo de la política*, p. 158.

intelectual latinoamericana que éste supuestamente representa, de plegarse a esquemas explicativos propios de los nacional-culturalistas, y en consecuencia de “pelar el cobre”: ésta no sería otra cosa que una versión alternativa de la historiografía nacionalista.

Guerra es acusado en el tribunal de Palti, de adoptar acríticamente la visión mítica, épica, ya refutada por nuevas revisiones, de la preexistencia de la nación y las libertades modernas en América del Norte, en claro contraste con su no-preexistencia en América Latina. Palti asegura que, lejos de diluirse, la falsa dicotomía *modernidad/tradición* se duplica y refuerza en la teoría de Guerra conformando una segunda antinomia, tan falaz como la primera: *liberalismo español modernista/organicismo americano tradicionalista*. Es probable que el crimen teórico de Guerra se debiera, efectivamente, al poco trabajo sobre la obra de Tocqueville, *La Democracia en América*.

En lo que concierne al estudio de la opinión pública en el siglo XIX hispanoamericano, Palti no acierta superar de modo tangible los aportes de François-Xavier Guerra, aun cuando acuña un concepto ciertamente novedoso pero igualmente oscuro, como el de “modelo jurídico de la opinión pública”, propio de las sociedades de Antiguo Régimen, esto es, “la idea de la opinión pública como una suerte de tribunal en última instancia inapelable”.¹⁰ El mismo Palti recuerda que Guerra ya había establecido en *Modernidad e independencias* el rol fundamental de la prensa, más allá de la difusión de “ideas”, como vehículo de transformación en la concepción ilustrada de la opinión pública, que recurría a la incontrovertible *razón* como fundamento decisorio de ésta:

Entonces, la opinión pública dejaría de ser concebida como un “tribunal neutral” que busca acceder, por medios estrictamente discursivos, a la “verdad del caso”, para emerger como una suerte de campo de intervención y espacio de interacción agonial para la identificación de las identidades subjetivas colectivas (...) se impone así una nueva “metáfora radical”; el *foro* se convierte en *campo de batalla*.¹¹

La precisión anterior nos parece adecuada, pues ella sirve a Palti para demostrar que ya desde la segunda mitad del siglo XIX se impuso el “concepto deliberativo de la opinión pública”, base de un nuevo modelo de ésta, denominado

¹⁰ Elías José Palti, “El pecado de la teoría: una respuesta a José Antonio Aguilar”. En: *A Contra Corriente: una revista de historia social y de literatura de América Latina*, 6-1, (2008), pp. 188-209.

¹¹ Elías José Palti, *El tiempo de la política*, p. 192.

“estratégico”, donde la *voluntad general* era el canon y en el que la prensa, además de persuadir, fue capaz de generar hechos políticos y articular redes políticas (sociabilidades de múltiples clases), proceso impulsor de la consecuente “fiebre asociacionista”. Pero en realidad ya François-Xavier Guerra había mostrado con anterioridad la importancia de la prensa y la imprenta como herramienta pedagógica de la cultura política, aún antes de 1808, ejemplificada en la asimilación de nuevos imaginarios, no sólo por parte de las élites, sino también de los sectores populares. Su narración recurre a ejemplos empíricos en proporción mucho mayor a la de Palti, y en su explicación del proceso de cambio experimentado por la opinión pública es ciertamente más diáfano y concreto.

A propósito, nos gustaría traer a colación uno de los preceptos formulados por uno de los mayores exponentes de la no tan reciente “historia conceptual de lo político”, como lo es el francés Pierre Rosanvallon, quien aseveraba que dicha línea de investigación no podía limitarse al análisis y comentario de las grandes obras, y que debía extender su ámbito interpretativo a aquellas expresiones aparentemente marginales de la cultura política, y a toda suerte de discursos, por extraños que resultaran.¹² No obstante, ese cometido no parece interesarle en absoluto a Palti, quien en su exposición no abandona a los clásicos del pensamiento hispanoamericano del siglo XIX, incluidos por supuesto los positivistas (Alberdi, Fernández de Lizardi, Lastarria, Mora, etc.), y bien es cierto, no se atreve a ampliar su espectro fontal, ni tiene en cuenta discursos menos canónicos y reiterativos.

Dentro de los marcos del ya citado debate que Aguilar propone a Palti, este último, escritor muy versátil, no llega a refutar dos de las debilidades básicas que el mexicano detecta en un texto como *El tiempo de la política*, a saber, que los planteamientos temáticos de su obra no constituyen novedad alguna en la historiografía (cosa obvia y ya señalada), así como que el lenguaje de Palti se distingue por su conspicua “falta de claridad”, por su “oscuridad conceptual”, por su “sintaxis retorcida”. Al abordar ciertos pasajes de este libro, en verdad nos sorprendemos, más que entablando un diálogo, enfrentándonos a una narración ardua, sinuosa, pensada para aquellos eruditos que tienen un poco de filósofos, otro poco de historiadores y un poquito de politólogos. Puede que su propuesta tenga un cariz de originalidad, pero nos resulta imposible de momento evaluar en qué medida realmente.

¹² Pierre Bouretz; Olivier Mongin y Joel Roman, “Hacer la historia de lo político. Entrevista con Pierre Rosanvallon”. Trad. Franz D. Hensel R. En: *Memoria y Sociedad*, 10- 20 (2006), pp. 77-86.

El de Palti no es un discurso fácilmente digerible. Además, en el no resultan evidentes las “inflexiones conceptuales”, o la apertura de nuevos “horizontes discursivos” que el autor cree develar a los incautos historiadores que le precedieron. Parafraseando a Aguilar, da toda la impresión que Elías José Palti replica varias de las tesis de un Guerra, por ejemplo, pero de una manera diferente y complicada, que en ocasiones confunde y aburre.

Nos adherimos a Palti cuando recuerda el doble cometido de la labor historiográfica, esto es, una combinación de investigación histórica (empírica) y de reflexión teórica, pero esta última no debería primar por sobre la interpretación de los hechos materiales concretos, que son la substancia viva de la Historia, ciencia social crítica de la realidad humana, y accesible en el grado de lo posible tanto al investigador formal de la disciplina, como al lector profano, quien muchas veces es el actor mismo del cambio social.